



Figura 11. Castro de Formigueiros, Lugo. Fotografía de Xuxo Ayán Vila



Figura 12. Castro de Formigueiros, Lugo. Fotografía de Xuxo Ayán Vila



Figura 13. Muralla de Castromaior, Lugo. Fotografía de Sonia García Rodríguez

brería, adornos de bronce, arquitectura doméstica y cerámica varían de región a región. De este modo, mientras los castros costeros galaicos suelen poseer un par de murallas y fosos, las fortificaciones de los castros del interior, sobre todo en zonas montañosas, se caracterizan por la multiplicación de perímetros defensivos, a veces formando auténticos laberintos. Un buen ejemplo de ello es el castro de Formigueiros, en Lugo, excavado recientemente, pero del que se conocía ya su complejo sistema defensivo, con cinco

líneas de foso reforzadas con piedras hincadas (Fig. 11). El excavador del castro, Gonzalo Meijide, considera que la muralla pudo tener hasta 10 metros de altura (Fig. 12). En cambio, los poblados de las tierras llanas al norte de la misma provincia (como la zona de Friol) suelen tener un solo recinto simple. En el interior de Galicia encontramos también un porcentaje más alto de castros con murallas de piedra y tierra (con la cara interior de piedra y el frente aterraplenado) que en la costa (Fig. 13). Buenos ejemplos de poblados con defensas aterraplenadas son los de la comarca del Deza, en el interior de Pontevedra.

Los poblados litorales y prelitorales suelen poseer potentes murallas de piedra, con aparejo bien cuidado, como el famoso poblado de Baroña (A Coruña), en el cual el progresivo refuerzo de la fortificación frontal del castro acabó dando lugar a una gruesa muralla de cerca de ocho metros de ancho. Un fenómeno de acreción semejante lo encontramos en el castro de Troña, Pontevedra (Fig. 14). El trabajo de cantería de las murallas contrasta con la mera acumulación de bloques que caracterizaba a los castros del Hierro Antiguo. Tiene que ver con esto la generalización de las herramientas de hierro, que permiten labrar mejor el granito, pero la mera existencia de la tecnología no explica la enorme inversión de esfuerzo que se dedica a fortificaciones como las de Baroña. Hay un deseo claro de ostentación de cara al exterior, al estilo de las murallas de la Edad Media.

A veces, dichas murallas no son completamente macizas, sino que tienen dos caras de mampostería bien trabajada y el interior relleno de cascajo, como sucede en el castro de Terroso, en la región de Braga, o seguramente en A Forca, en el sur de Pontevedra. La monumentalidad de las defensas pétreas de los castros costeros concuerda bien con la de la arquitectura doméstica: predominan aquí los espacios densa-

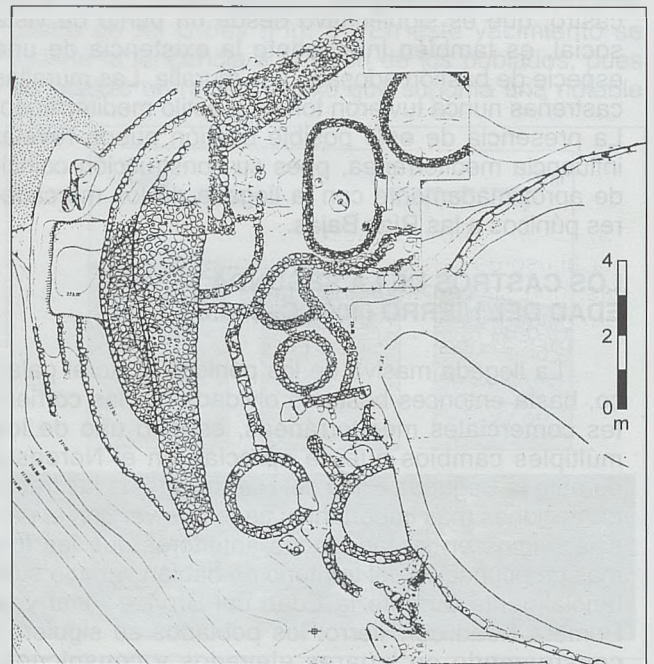


Figura 14. Detalle de la muralla del Castro de Troña, en el que se advierte la adición progresiva de refuerzos. Según J.M. Hidalgo